

El soneto a Rosalía

Gonzalo Torrente Ballester (1910-1999) fue un profesor y escritor español gallego. Sobresalió por el planteamiento y la resolución profundamente irónicos de sus narraciones. Esta ironía se basa en la percepción de lo real en lo maravilloso y de lo maravilloso en lo real, por lo que se le calificó en ocasiones como la respuesta española al realismo mágico hispanoamericano, lo cual Torrente rechazaba. Su obra mayor, *Los gozos y las sombras* (trilogía publicada entre 1957 y 1962), presenta el retrato de la realidad de la sociedad gallega de preguerra, presenta un análisis profundo de las características de esa sociedad y de su paso del siglo XIX al capitalismo, en el que todo cambia para que todo siga igual.

Filomeno, a mi pesar (Memorias de un señorito descolocado) narra la vida de Filomeno Freijomil, hombre de clase media-alta de una localidad del interior de Galicia, Villavieja del Oro. A través de sus experiencias vitales, desde la infancia a la madurez, Torrente Ballester hace, a través de Filomeno, un recorrido por la historia del periodo de entreguerras y los inicios de la Dictadura Franquista, y por la España y la Europa de ese momento. Pero, sobre todo, muestra el proceso de maduración de la personalidad de Filomeno a través de sus viajes, empleos y relaciones amorosas.

Aquel curso tuvimos una niña nueva, y por el apellido le tocó sentarse junto a mí. Venía de Madrid, era hija de un funcionario importante y resultó bastante sabihonda¹. Nos desdeñaba ostensiblemente, no por nada, sino porque ella venía de Madrid y nosotros éramos unos provincianos que hablábamos con fuerte acento regional². Era corriente que nos corrigiese y se reía. Nos resultaba rara y un poquito ridícula, pero nadie en público se atrevía a reírse de ella, porque era guapa, distinta de las nuestras, que también lo eran, aunque de un modo más local. Ésta, que se llamaba Rosalía, tenía el rostro ovalado y moreno, los ojos oscuros, y unas grandes trenzas negras que le caían encima de los pechos y que llevaba siempre atadas con dos lazos³. Yo me enamoré de ella inmediatamente, pues entonces enamorarse consistía en pensar en alguien día y noche, o, dicho más exactamente, en recordarla, también en interpretar sus palabras y sus gestos, si eran o no favorables.

Mientras el profesor hablaba de los invertebrados, me hallé escribiendo el quinto verso de un soneto cuya consonante se me resistía. Pero el soneto, al fin, salió, a costa de⁴ mi ignorancia de ciertas cualidades de los animales superiores. Se titulaba sencillamente *A Rosalía*, y no sólo le perdonaba su ofensa en torpes endecasílabos, acaso alguno de ellos cojo, sino que, al final, le declaraba mi amor. Se lo entregué personalmente, sacando fuerzas de flaqueza⁵, y ella lo recibió con una carcajada, y se rió más, mucho más, después de haberlo leído. “Mirad, muchachos, lo que me escribió este tonto”, y a un corro⁶ que congregó⁷ a su alrededor le fue leyendo mis versos, y todos se rieron una vez más, cada vez más, si no fue una muchacha de las de siempre, Elvirita, que salió en mi defensa. “¡Pues bien podéis reiros, pero ninguno es capaz de escribir unos versos como éstos!”; y después añadió que los hallaba bonitos y que ya le hubiera gustado que alguien le escribiese a ella una cosa semejante. En la clase de literatura de aquel día continuaron las risas, y cuando el profesor preguntó qué nos pasaba, alguien le respondió: “¡Es que Filomeno Freijomil le escribió unos versos de amor a Rosalía!”. El profesor no los acompañó en las risas, les respondió que las muchachas bonitas estaban en el mundo para que los adolescentes les escribieran versos de amor, y que le satisfacía que, entre los de su clase, hubiera salido un poeta. Rosalía, sin que se lo pidiera, le entregó el papel, y el profesor lo guardó en el bolsillo y, dirigiéndose a mí, me dijo en un tono más que amistoso, tierno, y que le agradecí siempre, que ya hablaríamos. Hablamos, en efecto, al día siguiente, después de terminar las clases. Me preguntó si sería capaz de encontrarle defectos al soneto. Le respondí que sí. Me lo dio, lo fui leyendo y señalando los ripios⁸, los tropiezos⁹, las sinalefas forzadas, las sílabas de más y las de menos. “Pues no te desanimes, porque, a pesar de todo eso, el soneto tiene algo.” Sacó del bolsillo un libro y me lo entregó. “Toma, lee eso y léelo bien; mejor, estúdialo. Te servirá de mucho.” Eran unos sonetos de Lope de Vega, y en seguida me enfrasqué en¹⁰ ellos. Hablé más veces con aquel profesor, me dio consejos y me pidió que, si escribía algo más, que se lo enseñara. Pero yo no me atrevía, aunque por la cabeza me anduviesen sonetos sueltos y algunas otras estrofas. Pero la vergüenza que los versos a Rosalía me habían hecho pasar aún me duraba: una vergüenza sorda ante mí mismo.

Gonzalo Torrente Ballester, *Filomeno a mi pesar*, 1988

¹ Sabihondo = sabelotodo

² El acento gallego, ya que la historia pasa en Galicia

³ El lazo: *le ruban*

⁴ A costa de: *au prix de*

⁵ Sacar fuerzas de flaqueza: *prendre son courage à deux mains*

⁶ Un corro = un círculo

⁷ Congregar = reunir

⁸ Los ripios es lo que es superfluo

⁹ Los tropiezos: *les maladresses*

¹⁰ Enfrascarse: *se plonger*